

pueden seguirse en la interpretación de la naturaleza. Según Aristóteles, no es mecánicamente, á la manera de la estatua, sino por la elección y el pensamiento cómo el alma hace mover al hombre, siendo esto claro y evidente hasta para los salvajes mucho tiempo antes de que la ciencia hubiera balbuceado sus primeras enseñanzas. Toda nuestra ciencia consiste en referir cada fenómeno particular á las leyes generales del mundo; este trabajo de nuestro pensamiento, en último resultado, tiene por objeto hacer entrar los actos mismos de los seres racionales en dicho encadenamiento; Demócrito deducía esta consecuencia y Aristóteles desconoció su importancia.

La teoría del espíritu—dice Zeller—no la deriva Demócrito de la necesidad general de un principio más profundo para la explicación de la naturaleza; ha considerado el espíritu, no como la fuerza creadora del mundo, sino solamente como una materia al lado de otras materias. El mismo Empédocles había mirado la inteligencia como una cualidad interna de los elementos; mas para Demócrito es sólo un fenómeno que resulta de las propiedades matemáticas de algunos átomos en relación con otros; pues en esto precisamente es en lo que consiste la superioridad de Demócrito, y toda filosofía que con seriedad trate de comprender el mundo de los fenómenos tendrá que volver forzosamente á esta idea de Demócrito. El caso especial de los movimientos que llamamos intelectuales debe explicarse según las leyes generales del movimiento, ó queda inexplicado. El defecto del materialismo está en detenerse después de esta explicación, es decir, en el momento en que comienzan los más altos problemas de la filosofía; pero quien con pretendidas nociones racionales, que no dan pasto alguno á la intuición sensible y al entendimiento, se empeña atolondradamente en explicar la naturaleza exterior y comprender en ella los actos intelectuales del hombre, ese, aunque se llame Aristóteles ó Hegel, mina la ciencia por su base. Indu-

dablemente, el viejo Kant se pronunciaría aquí á favor de Demócrito contra Aristóteles y Zeller; Kant declaró que el empirismo está perfectamente justificado mientras no se haga dogmático y se satisfaga con oponerse «á la temeridad y audacia de la razón que desconozca su verdadero papel, que se glorifica de su sagacidad y su ciencia en el momento que acaba toda sagacidad y ciencia, que confunde los intereses prácticos con los intereses teóricos y rompe el hilo de las investigaciones físicas cuando le place». Esta temeridad de la razón enfrente de la experiencia, y este injustificable abandono de la observación, tiene todavía hoy un papel tan importante como en la antigüedad helénica. Más adelante trataremos ampliamente este asunto por el que, una sana filosofía, no puede tomar al materialismo bajo su amparo con demasiada energía.

La moral de Demócrito, á pesar de la superioridad que se concede al espíritu sobre el cuerpo, en el fondo no es más que una teoría de la felicidad completamente de acuerdo con su exposición materialista del mundo. Entre sus sentencias morales, que se han conservado en mayor número que los fragmentos de su física, se encuentran por cierto muchas lecciones de la antigua sabiduría aplicables á los sistemas filosóficos más distintos. Demócrito, combinando dichas sentencias con preceptos tomados de su experiencia personal, las expresó en un sentido demasiado práctico y popular para que pudieran llegar á ser características de su sistema; sin embargo, con esos fragmentos es fácil reconstruir una serie de pensamientos lógicos que descansan en un reducido número de principios elementales. «La felicidad consiste en la tranquila serenidad del espíritu, á la que el hombre no puede llegar más que dominando sus deseos; la moderación y pureza de corazón, unidas á la cultura del espíritu y al desarrollo de la inteligencia, dan á cada hombre los medios de alcanzarla, á pesar de todas las vicisitudes de la vida. Los

placeres sensuales no procuran más que una breve satisfacción, y sólo aquel que hace el bien por el bien mismo, sin que le mueva á ello el temor ni la esperanza, goza de una satisfacción íntima y durable.» Semejante moral se halla muy lejos, ciertamente, del sensualismo de Epicuro ó de ese egoísmo refinado que va unido al materialismo del siglo XVIII. Sin embargo, le falta el criterio de toda moral idealista, de un principio de nuestras acciones derivado directamente de la conciencia é independiente de toda experiencia; lo que es bueno ó malo, justo ó injusto, Demócrito parece suponerlo conocido sin más averiguaciones; la serena tranquilidad del espíritu es el bien más durable y no puede obtenerse más que por pensamientos y acciones virtuosos, que son para Demócrito los datos resultantes de la experiencia, y la felicidad del individuo descansa en la persecución de esta interior armonía.

De los grandes principios que sirven de base al materialismo moderno, sólo uno falta en Demócrito: *la supresión de toda teleología por medio de un principio puramente físico* que haga salir la finalidad de su contrario. En efecto: tal principio debe ser admitido tantas veces cuantas se quiera establecer con seriedad una sola y única especie de causalidad: la del choque mecánico de los átomos. No basta manifestar que son los átomos más sutiles, más activos y más numerosos los que dan nacimiento á los fenómenos del mundo orgánico, es preciso mostrar también por qué esos átomos producen, en vez de otras formas cualesquiera, cuerpos delicadamente contruídos, como las plantas y animales, con todos los órganos necesarios para la conservación de los individuos y las especies. Sólo cuando esta demostración se haya hecho, en toda la extensión de la palabra, se podrá comprender el movimiento intelectual como un caso particular del movimiento universal. Demócrito ensalzaba la finalidad de las formas orgánicas, sobre todo el cuerpo humano, con la admiración de un pensador naturalista; no

hallamos en él rastro alguno de esa falsa teleología que pudiera llamarse la eterna enemiga del estudio de la naturaleza, pero tampoco hace la menor tentativa para interpretar la aparición de esta finalidad por la acción ciega de la necesidad natural; ignoramos si esto es un vacío de su sistema ó de los fragmentos que han quedado de sus obras. Sin embargo, sabemos que esta última tesis, fundamental de todo materialismo, se produce entre las especulaciones filosóficas de los helenos, y, bajo lo grosero de la forma, el sentido es perfectamente claro é inteligible. Lo que Darwin ha hecho en la época actual, apoyándose en una considerable cantidad de conocimientos positivos, Empédocles lo hizo en la antigüedad enunciando este sencillo pero decisivo pensamiento: «Hay preponderancia de organismos adecuados á sus fines porque está en su esencia conservarse largo tiempo después de la desaparición de aquellos que carecen de dichas propiedades».

En Sicilia y la Italia meridional la vida intelectual de los helenos llegó á su completo desarrollo casi tan pronto como en las costas del Asia Menor; la «Gran Grecia» misma, con sus ricas y soberbias ciudades, había precedido largo tiempo á la metrópoli en este camino cuando los rayos de la filosofía se concentraron como en un foco en la ciudad de Atenas. Al rápido desenvolvimiento de las colonias griegas debe haber contribuído una causa semejante á la que arranca á Goethe este suspiro: «América, tú eres más feliz que nuestro viejo continente; tú no tienes ni ruinas de castillos ni mármoles». La libertad más grande enfrente de las tradiciones, el alejamiento de los lugares sagrados venerados desde siglos remotos, la casi completa ausencia de ambiciosas familias sacerdotales con su autoridad profundamente arraigada: todo esto parece que ha favorecido considerablemente la transición que desata á los espíritus de las creencias religiosas, á las cuales están avasallados, y les hacen aptos para las

investigaciones científicas y las meditaciones filosóficas. La asociación pitagórica, con toda su severidad, era una innovación religiosa de un carácter bastante radical, y los miembros eminentes que contaba en su seno desarrollaron el estudio de las matemáticas y de las ciencias físicas y naturales con un éxito desconocido en Grecia antes del período alejandrino.

Jenofonte, de regreso del Asia Menor en la Italia meridional, fundó allí la escuela de Elea y fué un ardiente propagador de cultura; combatió las ideas místicas relativas á la esencia de los dioses y las reemplazó por una concepción filosófica. Empédocles de Agrigento no debe ser considerado como materialista, porque en él la fuerza y la materia están aún separadas sistemáticamente; él fué acaso el primero que en Grecia dividió la materia en cuatro elementos; esta teoría debió á Aristóteles tan consistente vitalidad que aun hoy en la ciencia se descubren sus huellas en muchas partes. Además de los elementos, Empédocles admite dos fuerzas fundamentales: el *Amor* y el *Odio*, que en la formación y en la destrucción del mundo están encargados de producir el uno la atracción y la repulsión el otro. Si Empédocles hubiera hecho de estas fuerzas cualidades de los elementos, podríamos incluirle sin dificultad alguna entre los materialistas, porque no sólo el lenguaje pintoresco de sus poesías filosóficas toma sus descripciones de los sentimientos del corazón humano, sino que pone también á contribución el Olimpo y el Tártaro para dar calor y vida á sus ideas y para ocupar, en fin, la imaginación al propio tiempo que el entendimiento. Pero estas fuerzas fundamentales son independientes de la materia, á intervalos inconmensurables; tan pronto es una como otra la que triunfa; cuando el *Amor* reina como dueño absoluto, todos los elementos reunidos gozan de una paz armónica y forman una esfera inmensa; pero si el *Odio* llega á ser el omnipotente, todos se separan y dispersan; en ambas

hipótesis no existen seres aislados; la vida terrestre está pendiente por completo de las alternativas que llevan al universo esférico: por la fuerza progresiva del *Odio* á una disolución ó por la fuerza creciente del *Amor* al resultado opuesto. En la actualidad vivimos en este último período, y, según las ideas fundamentales del sistema, hemos dejado ya detrás de nosotros un inmenso espacio. Los detalles de su cosmogonía no nos interesan tanto como la cuestión del nacimiento de los organismos, pues acerca de dicho punto hallaremos el pensamiento que ha ejercido tan enérgica influencia, gracias á Epicuro y á Lucrecio.

El *Odio* y el *Amor* no obran según un plan, ó por lo menos trabajan sólo para producir la separación ó reunión universal de los elementos; los organismos nacen por un juego fortuito de los elementos y las fuerzas fundamentales; en primer término se forman las plantas y después los animales. La naturaleza produce en un principio los organismos animales de una manera parcial: ojos sin cara, brazos sin cuerpo, etc. El desarrollo de la fuerza que asocia las cosas provoca un movimiento confuso de los cuerpos y los reúne ya de un modo ó de otro; la naturaleza, por decirlo así, ensaya todas las combinaciones antes de producir una criatura viable, y, por último, un ser capaz de reproducirse; desde que este ser existió se conservó por sí mismo, mientras que las anteriores criaturas desaparecieron tal como habían nacido. Ueberweg, á propósito de esta concepción, observa que podía comparársela á la filosofía natural de Schelling y Oken, y á la teoría de la descendencia de Lamarck y Darwin; sin embargo, esta última hace consistir al progreso más bien en la diferenciación sucesiva de las formas más elementales, en tanto que la concepción de Empédocles la busca con preferencia en la combinación de las formas heterogéneas entre sí. Esta observación es justa, y aun se pudiera añadir que la teoría de la descendencia está apo-

yada en los hechos y la de Empédocles, por el contrario, juzgada desde el punto de vista de la ciencia actual, parece fantástica y absurda. No obstante, es preciso hacer notar lo que hay de común entre ambas teorías, que contrastan por completo con la filosofía natural de Schelling y Oken, y es el nacimiento puramente mecánico de los organismos apropiados á sus fines por el juego repetido hasta lo infinito de *la procreación y de la destrucción*, juego en el cual persiste, en definitiva, cuanto lleva consigo un carácter de duración en su constitución relativamente accidental. Si, con respecto á Empédocles, está permitido persistir en una duda crítica y preguntarse si realmente ha entendido las cosas en tal sentido, no es menos cierto que Epicuro ha comprendido así la teoría de Empédocles y, por consecuencia, ha fundado con ella el atomismo y su doctrina acerca de la realización de todas las posibilidades.

En torno del nombre de Empédocles, como alrededor del de Demócrito, se han reunido multitud de cuentos y fábulas, las cuales explican en su mayor parte la admiración que inspiraba á sus contemporáneos la acción maravillosa que ejercía Empédocles sobre las fuerzas de la naturaleza. Mientras que, á pesar de la extrema sencillez de su vida y la limitada publicidad de su doctrina, Demócrito alcanzó un gran renombre debido sólo á los resultados positivos de su doctrina, Empédocles, por el contrario, parece que ambicionó la aureola mística del taumaturgo y la utilizó para sus proyectos de reforma; también trató de divulgar las ideas más puras relativas á los dioses, sin imitar el racionalismo de Jenóplanas, que rechazaba todo antropomorfismo. Empédocles creía en la metempsicosis; prohibió los sacrificios, así como el uso de la carne; su gravedad, su ardiente elocuencia y la reputación de sus acciones imponían al pueblo, que le veneraba como á un dios. En política fué celoso partidario de la democracia, á la que hizo triunfar en su ciudad nativa;

sin embargo, también él como otros muchos fué víctima de la inconstancia del favor popular, pues murió en el Peloponeso, desterrado probablemente. No comprendemos cómo sus ideas religiosas podían conciliarse con su filosofía natural. «¡Cuántas doctrinas teológicas, observa Zeller, han sido profesadas por filósofos cristianos que estaban en completa contradicción con el cristianismo!»